



EL MONO EN EL APARADOR.

(PINTURA DE LANCE.)

Esta detalle de oficio es lo que los antiguos pintores llamaban un cuadro de naturaleza muerta. El autor de la composición ha querido dar vida, añadiendo un mono curioso que viene á examinar la vasija de la leche y el cesto de la fruta. Por un capricho de artista, que no es nuevo, ha colocado en forma de gorro un pañuelo encarnado en la cabeza del mono para darle la apariencia de una vieja.

La introducción de estas feas parodias de la vida humana en nuestras casas y nuestros cuadros es muy antigua; no parece sino que la humanidad se ha complacido en todo tiempo en contemplar su caricatura en estos grotescos cuadros; á nosotros en cuyos gestos parecen la imitación de nuestros gestos.

Antes del renacimiento la afición por los monos era tan general, que se los veía representados continuamente en las pinturas, en los utensilios, en los adornos de los edificios, y animados en casi todas las cosas nobles. Muchos navíos de Dieppé estaban empleados en la trata de monos, y nosotros sabemos que en el siglo XV se pagaba de cuatro á cinco libras por cada uno, es decir, la mitad del precio de un buay en la misma época. Se les vestía casi siempre con lujo, y se les acostumbraba á prestar ciertos servicios de pajes y lacayos. Un aldeano que llevaba un canastillo de fruta á su señor encontró uno de estos estrafalinos servidores en la escalera; no le había encontrado nunca antes, y engañado por la elegancia del traje, le saludó con respeto. El mono se acercó, tomó la mejor fruta, y se marchó gateando. Cuando el aldeano llegó delante de su amo, este se apercebó que el canastillo estaba diezmado, y se lo hizo notar.

— Monseñor perdonará, replicó sencillamente el pater, pero cuando subía encontré al señor vuestro hijo en la escalera que ha arrebatado lo mejor.

Los cuadros de naturaleza muerta pertenecen evidentemente á un orden inferior en la escala del arte. Su principal mérito consiste en una imitación hábil del objeto representado; la poesía elevada, la que expresa el sentimiento que le hace notar la falta forzosamente; y si la contemplación de estos dioses puede oscitar la curiosidad y recrear

la vista, no pueden ni hablar á la imaginación, ni conmover el corazón: así que, se ha hecho generalmente uso de estos en los accesorios de las habitaciones destinadas á las funciones gastronómicas. Ellos recuerdan lo que halaga nuestra glotonería, y despiertan la voracidad de los glotonos; pero las naturalezas afectas á gustos mas delicados y racionales se disgustan con el aspecto de las legumbres, aves y pescados que parecen convertir los salones en cocinas, afeitándolos con las mas groseras necesidades de la vida: así es que son preferidos generalmente en nuestros dias imágenes mas poéticas y mas risueñas. Los paisajes, las flores, las escenas campestres, han reemplazado como adornos á estos cuadros de naturaleza muerta que no se encuentran ya mas que en los refectorios de los países bajos y de Inglaterra.

CRONOLOGÍA ÁRABE.

(Continúa.)

Con tales antecedentes, y sentadas estas bases, en que me parece estriba la confusión y perturbación en las correspondencias de las fechas, voy á ocuparme de la traducción del manuscrito que las comprueba. De su texto deduciré otras reglas, á mi juicio exactísimas para la reducción de los años musulmanes á los nuestros, á mas de las indicadas en mi *Viaje á la Argelia*, y me permitirá comprobar algunos de los principales sucesos de nuestra España árabe por el método que he concebido, porque ellos han dado lugar á la celtira de escritores extranjeros. Al traducir el manuscrito me propengo sacificar algo al buen estilo y aun el lenguaje, por tal de basar la traducción lo mas literal posible; tal vez en esto así como en su interpretación esté equivocado y me alegue mi buen deseo. Si así fuese no se me culpa de jactancioso hallándome, como siempre la estoy, dispuesto para admitir las correcciones que se me hagan por las personas competentes en la materia. El manuscrito, que carece de firma, así como

da fecha, y que no tiene mas indicacion del tiempo en que se escribieron, que los cinco dias que han servido de ejemplo a un autor, ignorado y deshonrado tambien, dice:

«Alabara a Dios.—El año árabe contiene desde el principio hasta su cumplimiento trescientos cincuenta y cuatro dias, y un quinto de día y su sexta parte (1). Si desas la entrada de cualquier año, ciertamente resta lo que ha corrido de la egira, excepto el año a quien le desas buscar su semejanza. Busquemos el año 1240. Quita el año que busas y quedan 1230 años: quito de ellos 1050 y quedan 180; con-sérvalos y los multiplico por 151 y por ello sé los dias del año. Cuando divido el año por siete sobran cuatro y un quinto y un sexto, para que la vida superabunde en él dos veces (2). El 500 de su sexto y el 50 de su primera division hacen siete restas, quedando sobrantes cuatro después del 50, con un quinto y un sexto, siendo el menor número de estos el cinco. El sexto mes tiene 50 dias porque su quinta parte es seis y su sexto cinco y reunidos hacen 11 (3). Si multiplico el cuatro por el 50 hace un total de 120 (4); pongo sobre él el 11 mencionado y da por total 151; y esto no lo tomo solo para el sabio sino tambien para el rústico. Bajo el cuatro y el cinco y el seis ó una linea en esta forma $4 \frac{4}{5} \frac{1}{6}$ y multiplico por los quebrados diversos: así pues el 4 por el 5 hacen 20 como si repito el 5 cuatro veces: pongo sobre esto el 1 que está a la cabeza del 5 y da un total de 21: multiplico por el 6 que está después y es repetir el 21 seis veces, y el producto es 126; pongo sobre el 1 que está encima del 6 y reunidos hacen 127: colocando sobre estos el entero 4 producen un total de 151, y esta es la estension de cuatro enteros un quinto y un sexto. Multiplico este producto por 189 años sobrantes después de rebajados 1050 de los corridos de la egira, excepto la año, y producen 24,738: lo divido por el inmediato multiplicado por el 5 ó por los dos, ó por el seis segunda, y dan 825 y el cuatro y el sexto y quinto próximos así $825 \frac{4}{6} \frac{1}{5}$ (5). El quebrado que produce es mayor de

la mitad y por lo tanto conceptuábase por uno, y uniéndole al producto da otro de 826: rebajemos en este dos y quedan 824; dividámosle entre siete y sobran cinco. Comencemos con él desde el primer día y tomámoslo todo entero, penetra el cálculo en el jueves, y él comienza Mojarram del año 1240. Mas si quieres pon sobre el producto de la multiplicacion 24,739 cinco mas, y producen 24,764: divídolos por siete y comienza en viernes que sigue al jueves; ó bien divide el producto de la multiplicacion sin el aumento de cinco, ni rebajes dos ya restados; comienza pues en viernes que sigue al jueves; y esta es la verdadera raíz del intervalo entre ellos (6).

«Llamase a este año árabe, y tambien año lunar, porque lo divide la luna, mas para ti el sol se presenta doce veces cada año, y cada vez es un mes. Las gantes principian el cálculo por el mes de Mojarram con 30 dias y el que le sigue con 29, y así un mes y otro, hasta concluir el duodécimo, produciendo 354 dias, que con el aumento de un quinto y un sexto consigues la exactitud. Cuando en él se completa un día se llama mes de la peregrinacion (Dul-hud' yis) y tiene este año 355 dias por la proximidad, y en cuanto a la exactitud del quebrado, no inter-

(1) Parece que el autor habrá podido querer decir, que estos quinto y sexto, que indudablemente se hallan escritos con esta denominacion, deben entenderse para que hagan 11 dias en que se diferencia su año del nuestro.

(2) Lo palabras $\frac{4}{5} \frac{1}{6}$ del manuscrito contiene un error en su escritura. De esta forma no se halla palabra alguna en los diccionarios; pero conceptuándola por la de $\frac{4}{5}$ creo que esta locucion hizo referencia a la abundancia de los años lunares, cuyo día de exceso se compone del sobrante de los dias naturales del año lunar.

(3) El principio de estas operaciones aritméticas es casi desconocido para mí, y confieso que no sé a qué se refiere el 500 de su sexto, pero no hay la menor duda de que esta palabra está así. El 50 de su primera division se entiende el cociente de la division por siete, de los dias del año, así $554 \frac{4}{7}$ aunque en el manuscrito existiese la palabra mes, lo creído debería sumarse, porque el solo no tiene utilidad en la aplicacion de otro modo, y así conviene con la division del año árabe.

(4) La introduccion literal de las palabras del manuscrito es: así coloca el cuatro sobre cinco sobre el 50. Esto es un adverbio que he creído deber interpretarse del modo que se ha hecho por un resultado aritmético.

(5) Esta operacion juzgo que será la que voy a demostrar, supiendo que la locucion año dividido por el inmediato multiplicado por el 5, no puede entenderse sino a la multiplicacion de cinco y seis dias de la nota 5.^a

34,738 dias	34 dias	9 dias
525	$\frac{4}{5} \frac{1}{6}$	24 horas
		210 horas
		50 cuatro quintos ó cuatro por cinco.
		470 partes.

(6) El resultado de estas operaciones dá a entender, que comenzando el cálculo de la egira en aquella semana en que se empezó alguno de las divisiones comienza el año por aquel día, que es el primero de su cálculo; y el comienzo del quinquenio en un año solo sobre, en el que señala la fecha primera, segunda, etc, en que comienza el año.

rumpiéndose sino al cabo de 50 años. La comprobacion de esto está tomada de los pares, y vuelve sobre él, y así continuamente (1).

«Luego que conozcas la entrada de un año, cuenta desde él cinco dias, y en el que hace cinco comienza Mojarram del año que le sigue; y si el año es intercalar quita de él seis dias, y en el que hace seis comienza el año. La causa de esto es que cuando divido los 354 dias del año por siete sobran cuatro; cuento desde el día de la entrada del año y el que hace cinco le da principio; y como separastes dos después de la division resulta que el primer día de Mojarram del año de la egira es jueves, y entre él y el domingo hay tres dias, y así puedes siempre buscar el año que tú quieras si aumentas uno. Este uno disminúyelo de los tres referidos y quedan dos dias con el que has disminuido. El aumento de los cinco lo originan los cuatro dias sobrantes después de la division por siete y el uno que se aumentó; comienza pues en día viernes; ó bien dices: entre el jueves y el domingo hay cuatro dias; aumenté uno al principio, hacen cinco, y por lo tanto comienza en viernes. El aumento de este día espura el mes de Mojarram, al cual tú lo dilatas, porque es el primero que concluye, y Dios sabe que los términos de los meses completándose al ocaso del sol dilatan siempre el término del duodécimo mes.

«Toma al fin de cualquier mes ó el principio de Mojarram, y como tiene 30 dias divídolo por siete y te sobran dos: aumenta uno y tienes tres. Como Mojarram empezó en jueves en este año sigues desde este día, y concluye sobre el domingo que es el primer día del segundo mes. Si desas el tercer mes divide los dias de los dos meses por siete y le sobran tres; comienza desde el principio del mes hasta el fin, después divide por siete los meses que haya antes del que busques; al total aumentale uno, y concluye con el mes; y sigue así hasta el fin del año que corras (2).

De este manuscrito, aunque anónimo y sin autoridad, deduzco consecuencias en favor de las proposiciones que antes he asentado, y sirven para comprobar la diferencia entre las tablas de Florez y Masden y la cronología corriente. Al decir en el manuscrito que para averiguar el día en que comenzó el año 1240 se ha de tomar el primer día habido entero, se vislumbra la variedad en el método astronómico y vulgar, variedad que tiene su comprobacion inmediata. Continuando el sistema de las tablas, se fija en miércoles 25 de agosto de 1824 el principio del año 1240, y según la cronología de los musulmanes, y las tablas de los benedictinos, este tuvo principio al día siguiente jueves, que se contó por los árabes desde el amanecer del miércoles. Esta misma idea se repite al decir, Dios sabe que los términos de los meses completándose al ocaso del sol; y por lo mismo creo fuera de duda el asentar que comenzando un día al señalado en las tablas de Masden y Florez, se obtiene la mayor completa exactitud en la fijacion de aquellos en que comenzaron los años árabes.

Pero aun en este cálculo es necesario tener presente, que puede hallarse otra diferencia, procedente de la diversidad que se nota entre aquellos historiadores en la regulacion del decimoquinto y decimasexto año del ciclo como intercalar. En el primero de estos dos años se notará una diferencia de dos dias, en el cómputo corriente y el de los benedictinos, con el seguido por Florez; y en el segundo ambos concuerdan en el día en que dieron principio. Estas diferencias creo que se salvan con tener cuidado de advertir si el año comprobado viene por unidad determinará un cinco ó un seis; si la tuviese, averiguar si corresponde a los 15 ó 16 del ciclo que sin interrupcion se renueva cada 50 años, y en este caso hacer aplicacion de las reglas establecidas.

Quisiese tambien del manuscrito una pauta fija y segura para poder comprobar la feria ó día de la semana en que dió principio cualquier año árabe, que según tengo entendido era la dificultad mayor que hasta ahora se ofrecia. Todos los autores que he citado han señalado reglas para saber el día del mes y el año en que aquel principió; pero nada hallan dicho sobre la feria ó día de la semana que le correspondía, habiendo surgido de aquí muchas dificultades y la mayor parte de las equivocaciones de los autores modernos. La regla que yo descubrí, y que redunda a práctica es invariable desde que principió la egira hasta hoy, es la de contar cinco ó seis dias respectivamente, desde cualquier año cuyo principio sea indubitado. Al que principió en domingo le sigue otro que tendrá su entrada en jueves, si no es intercalar aquel, y si lo fuere será viernes su primer día. De este modo la comprobacion puede hacerse con mas exactitud, porque fácil es conocer la letra dominical en los calendarios cristianos y hermanada con las ferias de los años árabes.

Conocido así el día en que empieza cualquier año, muy fácil es conocer tambien los que inician sus doce meses. Estos son de 30 y 29 dias alternativamente: los que tienen 30 dias concluyen al siguiente

(1) Esta última parte hace referencia, tan confusamente como se nota, al ciclo lunar de 50 años; pero la comprobacion que anuncia no se comprende con claridad.
(2) Esta proposicion se comprende, para por mes que se cuenta no es igual y la que se propone explicar es el año arábico del manuscrito.

de la semana en que empezaron, y si 29 comienzan y concluyen por un mismo día. Si pues el primero fué domingo el primer mes termina en lunes; el segundo empieza y concluye en martes; el tercero comienza primero el miércoles y por último el jueves, y así sucesivamente.

Tales son las reglas que á mi juicio se deducen de las observaciones prácticas que he hecho de los diferentes sistemas seguidos por los cronólogos, ó de lo que dice mi manuscrito; aplicándoles veamos si sirven para aclarar algunas de las fechas dudosas. La muerte de Mojamad se fija por los historiadores árabes en el día 28 de Safar del año 41 de la egira que cayó en lunes. Masden y otros la rechazan, porque segun su cuenta el 28 de Safar correspondió al domingo 24 de mayo de 652; adelantemos un día, y tendremos la exactitud de la cita.

Abu-Bekr Aicog dispone la muerte de Al-Jakem, hijo de Hisehem en jueves 26 de Dul Had'ya de la egira 206, y Masden lo rechaza porque segun su cuenta aquel día correspondió al miércoles 24 de mayo de 1822; añádase un día, recordando que el jueves 26 de los árabes comenzó al anochecer del 21 nuestro y se comprobará la exactitud de la fecha.

Segun Conde, las condiciones ajustadas entre Abul Casem G' Abd-el-melec y Guazlo de Córdoba para la entrega de Granada aparecen firmadas en 21 de noviembre de 1491, que correspondía al 22 de Mojarram de 897 de la egira. Segun Masden y Florez este año comenzó en el jueves 3 de noviembre de 1491, y ensoños el día 22 de su primer mes Mojarram coincidió con el 24 de noviembre: aunéntese el día que yo propongo y se conseguirá hermanar dos fechas tan conocidas é indubitadas, como que aun se encuentran en los archivos de Granada.

La entrega de esta ciudad, y por lo tanto la caída del imperio musulmán en España, la pone el mismo historiador Conde en el día cinco de Rab'ig, primero del año 897; y Mariana dice fué en viernes 6 de enero de 1492. Segun la cuenta de Masden y Florez, el primer día de Rab'ig el cual de aquel año convino con el primero de enero de 1492; por lo tanto el cinco de un mes lo fué tambien de otro; pero si se añade el día, segun tengo dicho, conformará las citadas de Conde y de Mariana, sin que haya motivo para dudar de ellas.

Si de estas citadas, criticadas por los extranjeros unas veces con razón y otras sin ella, pasamos á las de época mas reciente hallamos la misma diferencia. El tratado de paz ajustado entre la Sublime Puerta y el imperio francés fué firmado el 23 de Rab'ig primero de 1133. Segun la cuenta de Florez, correspondía al 9 de junio de 1740, y llevando la fecha de 10 de aquel mes, resulta el aumento del día que yo hago.

La toma de Argel por los franceses fué el 5 de julio de 1830, que correspondía segun la cuenta corriente de los árabes al 14 de Mojarram de 1246. Continuadas las tablas de Florez hasta el día, el año citado debió comenzar el lunes 21 de junio de 1830, y por lo tanto el 14 de Mojarram coincidió con el 4 de julio, consistiendo la diferencia en el día que lleva de menos su cronología.

Si acudir á muchas mas citas corrientes, porque los almanagues de la Argelia y de Constantinopla nos ponen de manifiesto la variedad de un día entre los sistemas de que me ocupó, citaré por último un hecho reciente y conocido de todos. En la actualidad preocupa á toda la Europa la cuestión turco-rusa, llamada cuestión de Oriente. Pues bien: segun los periódicos de Constantinopla y los de otras naciones, el Sultan y su diván no pudieron dar una contestacion definitiva á los representantes de las grandes potencias mediterráneas hasta el 7 de julio del último año en que concluyó el sagrado mes de Ramadan. En aquella noche ya les era licito ocuparse de cosas mundanas, y en efecto el 8 de julio fué el primer día del mes musulmán Schadál, segun los almanagues de la Argelia, que llevan un día de adelanto con las tablas de Florez y Masden, y van conformes con la de los benedictinos.

Después de estas comprobaciones creo que queda concluyentemente apoyado el método que al principio espuse para hallarla verdadera correspondencia de los años, meses y días corridos de la egira; pero aun conozco la imposibilidad de llegar á la exactitud en muchos casos sino se cuenta con el buen criterio del traductor y del historiador. Las expresiones de que se valea los árabes de tantos *pasados de tal vez*; ó de *tales días por andar* ó *tales noches consumidas*; así como las de *Ánel Ávasl a ujer* que hacen relación á la primera, segunda ó tercera década del mes, son tan vagas é indeterminadas, que aun el buen juicio del escritor puede clasificarse oportunamente. Por otra parte, la hora en que acontecieron ó debieron acontecer los sucesos debe tomarse muy en cuenta para el cómputo, así como no olvidar que la correspondencia cristiana se halla establecida con el día que sigue al en que comienza la egira, segun dice notar al principio.

Tales son las observaciones que sobre la era de los árabes se han ocurrido á mi limitada imaginación; observaciones que espero ver ampliadas con datos mas curiosos por otros mas entendidos en la materia.

MATEO MALO DE MOLINA.

UNA VISION DE CARLOS V.

No entra en la simple materialidad de este siglo positivo que todo lo alambica y somete al análisis filosófico, dar crédito á esos rasgos anómalos del espíritu, aberraciones fantásticas que alteran el órden de los sentidos invirtiendo sus funciones y enarreciendo las facultades normales del ser oscuro llamado alma, que vela siempre sobre la materia, tan susceptible de las sensaciones de esa máquina complicadísima y precaria, que nada sería sin la infusión de ese mismo misterio, como el arido pájilo de una lámpara sin el contacto del fuego vivo que la anima y al retirarse la estingue.

Sin embargo, á veces los límites del raciocinio no alcanzan á penetrar ciertos fenómenos sorprendentes y superiores al discernimiento de la criatura, por causas directamente combinadas: el lapsus del tiempo arroja esos desfigurados cadáveres de la fantasía que la posteridad suele regularmente escarnecer con su fria indiferencia, comprimiéndoles el tipo de una cinza y marabótes incredulidad, ó bien revisándoles de formas caprichosamente exageradas.

A este género pertenece la tradicion de que nos ocupamos en el presente artículo, garantizada su idealidad por el testimonio de mosen Colona, en clase de confesor particular de S. M. cesar, su camarero mayor y secretario privado.

He aquí el lance, segun resulta de dicha relacion.

Aun ardía en Italia la guerra sostenida imprudentemente por el papa contra las armas imperiales. Carlos V, al tiempo de sentarse á la mesa cierta noche, recibió la desagradable nueva de que la ira de Paulo IV acababa de estrellarse en el cardenal de Santa Flor, del agente de la causa del César, y preso rigorosamente en el castillo de San Angelo.

S. M., aunque manifestó profundo disgusto, cenó con regular apetito, mas bien por sostener el vuelo de su amor propio á la altura de su grandeza. Tras de los postres, que fueron unas chuletas adobadas, se hizo servir por el sumiller una copa de *Lachrima Christi*, ese licor que firmó la verdadera poesía de los babadores napolitanos.

S. M. era sobrio; no obstante, fué por adormecer la mente para distraer el pesar, ó porque la naturaleza gastada ya por sus muchos años y trabajos, se resistiese á esta clase de pequeños excesos, el efecto es que hubo de retirarse á su cámara vencido por una soñolencia y pesadez profundas.

Entonces, en medio de aquel paréntesis reactivo, tuvo un rapto extraño de facultades.

Vió un salón inmenso colgado de paños negros y alumbrado á trechos por enormes facistolos y candelabros que arrojan una luz fatidica sobre el ambiente condensado por un humo denso; alrededor de sus paredes habia una doble hilera de estatuas ó personas sombrías, coronadas sus cabezas de pulido mármol con pirámides de azulada fuego, que difundía un hedor acre y sojocante; todos llevaban prolongadas espadas que arrojaban crines de chispas fulgurantes y unos cartelones con caracteres enormes é ilegibles por su brillo mismo.

Aquella atmósfera ahogada; tal era la espantosa aglomeración de gases que se exhalaban. No obstante la densidad, perdíbase allá en el fondo un trono de ébano con una corona régia; sobre el dintel un gran Crucifijo de bronce, del que pendía una espada flotante que centelleaba y caía á plomo sobre aquella. Junto á las gradas habia dos monstruos de metal estante, en cuyas facciones indescribibles brillaba una espantosa é infernal sonrisa; único sarcasmo que se ponía en relativa inteligencia con aquellos rostros de mármol, animados á veces por un impetuable sarcasmo.

Y el aparato ceteo vacilaba en continuas oscilaciones que amenazaban caber ó rodar al suelo aquella corona precaria; y al compás de su balanceo todas aquellas figuras batían palmas con sus descarnadas manos, y todo se ponía en juego hasta las mismas luminarias, cuyo fulgor torteroso de acrecia, como asimismo acrecia tambien y se multiplicaba prodigiosamente el número de las figuras, las cuales se precipitaban en tumulto y en actitud amenazadora hácia el trono, á cuyos pies se abrió un hondo abismo.

Pero al propio tiempo se rasgó en sito abajo una tapicería, y por la abertura asomó una mano blanca y disforme; presentando una gran cruz de plata, en cuya tersa superficie reflejóronse las mil luces; produciendo un relámpago vivísimo que deslumbró.

Las figuras cesaron al punto y retrocedieron pasivas, ocupando su primitivo sitio. Poco una y otra vez arremetieron al trono, y otras tantas volvieron recobrándose por la súbita aparición de la fulgente cruz. Y el resplandor siniestro de sus llamas se aumentaba espantosamente, y á su luz todas las figuras hacían extraños visajes, y todo parecia arder, hasta el mismo trono, hasta la espada flotante que después ardióse llorosa por la activa proyeccion de las luces, que daba la real aparición de un voraz incendio.

Mas cuando todo iba á ser cruelto y devorado por una de aque-

Las ráfagas infernales, cuando el abismo iba á tragar sus cenizas, una aparición peregrina se improvisó de repente: multitud de ángeles de celestiales formas con la sorpresa del triunfo en los labios inundó la pieza, batiendo en deliciosa armonía sus alas de nieve. A su aspecto todo cambió en aquel tocino sombrío; las primitivas figuras se deprimían hasta incrustarse en las paredes de estuco, cuyas tapicerías se abrían pesadamente; la gran cruz de plata usomó otra vez con un brillo indecible, y el trono cesó en el balanceo, róta á sus piés la espada y apagado el fuego del abismo, que después de haber tragado los dos monstruos de la grada, iba carrándose gradualmente, arrojando un residuo de limo denso y opaco.

Todo aquello no era mas que uno de esos golpes mágicos teatrales, que tanto sorprenden por su rapidez.

Por último, el cambio fué completo. El movimiento continuo de las alas de aquellos ángeles saturó la temperatura de la pieza, difundiendo un aroma delicioso: las figuras desaparecieron infiltrándose en las paredes; la severa figura del Cristo se dilataba marcando la clave de aquella bóveda inmensa, cuyo horizonte dilatado también hasta un estremo infinito, no tenía límites, y en reemplazo de aquel fulgor sulfuroso y fosfórico, brilló una esplendente aurora que hirió el rostro del monarca, como un rayo luminoso del sol naciente.

Carlos despertó entonces; en efecto, un rayo de sol, penetrando diagonalmente por los emplomados vidrios del artesonado, hería su rostro. Impresionado todavía, su primera mirada se dirigió en torno del ámbito del gran salón, como inquiriendo á aquellas columnas basálticas si había sido aquello realidad ó vana apariencia... solo vió un mueblaje lujoso que ocupaba la cámara, las ricas tapicerías asiáticas y el juego de alfombras de Persia que cubría los másticos del pavimento, y por último, allí en el testero del imperial retrato el busto en relieve de su misma persona, destacándose su noble talla en el medio punto de la alta clave.

Aquel accidente obró de una manera extraordinaria en el ánimo del emperador, cuyos escrúpulos debieron sugerirle una interpretación extraña, que nadie sabe. Lo cierto es que en 25 de octubre, es decir, un mes después de lo referido, en medio de un congreso de reyes y príncipes renunció el dominio de Borgoña y Bélgica en su hijo D. Felipe.

Fijo en su resolución, el César renunció asimismo en 16 de enero del año siguiente 1536 todos los dominios de España en dicho su hijo, y el imperio en su hermano D. Fernando, todo en un consejo solemne reunido en la misma sala donde tuvo la vision.

Y aquel poderoso monarca que tan grande había sido, cuyo retro reuniera el dominio absoluto de entrambos mundos, se embarcó para España, fijo siempre en su idea de retirarse al monasterio de Gerónimos de Yuste, como lo verificó, vistiendo el hábito de la regla y haciendo una vida austera y penitente hasta su muerte acaecida en 21 de setiembre de 1538, dos años después de su renuncia y de su estraña vision.

JOSE PASTOR DE LA ROCA.

LA COMEDIA A LA VENTANA.

DOS MARIDOS.

FANTASÍA DE UNA NOCHE DE VERANO.

I.

DETRÁS DE LAS CELOSÍAS.

—¡Pobre conde! exclamaba el marqués.

—¡Pobre marqués! exclamaba el conde.

Y mirándose uno á otro con una sonrisita maligna se compadecían recíprocamente uno del destino del otro. ¡Simpatía fraterna! —¿Os he dicho sus nombres? ¡Ah no! verdad es. En ese caso he aquí sus tarjetas:

El marqués Felipe: Está era hermano primogénito de
El conde Pedro José.

Habitaban dos casas en la misma calle, dos casas cuyas ventanas están en frente. Cada uno de los dos hermanos poseía una cara mitad mas ó menos bella. El marqués (¡pobre marqués!) llevaba sobre la espalda cincuenta inviernos, crimen horroroso para la señora marquesa que se encontraba todavía en su vigésima primavera. En cuanto al conde (¡pobre conde!) tenía cuarenta años. Su caballero no tenía canas como la de su hermano, pero el despiadado tribunal de su joven esposa le había declarado culpable de tres negros delitos:

- 1.º De tomar tabaco de polvo!
- 2.º De formar parte de la guardia nacional!
- 3.º De acostarse con guiso de algodón!!!

Tanto el conde como el marqués parecían esencialmente *predestinados*.

¡Los dos hermanos no se querían mucho, cosa natural! eran hermanos! ¡y además estaban casados! Con menos motivo se hubieran detestado. En revancha cada cual se creía adorado de... su mujer. ¡Y porque! ¿Serían ríñemes sus ilusiones? Cuando los dos hermanos lanzaban las susodichas exclamaciones estaban ocultos detrás de sus propias celosías sin atreverse á sacar la punta de la nariz fuera de la ventana para ver por temor de ser vistos. Rendían, pues, homenaje al génio del carpintero que poseedor tal vez de una mujer hermosa inventó las celosías (1). ¡Ah maldito Calambourg, diablo de equívoco! Perdónádmelo, queridos lectores, porque se ha formado sin querer.

II.

LO QUE VEÍA EL MARQUÉS.

¡Pobre conde! decía pues el marqués dirigiendo una mirada escrutadora á una habitación del vecino palacio, en donde veía... veía á la señora condesa su cuñada que acariciaba amorosamente la cabeza de un oficialillo de artillería, jóven hermoso, perfumado, afeitado, peinado, lleno de pomada, engalanado mas á propósito para tomar por asalto el corazón de una mujer que las murallas de una fortaleza.

III.

LO QUE VEÍA EL CONDE.

¡Pobre marqués! decía á su vez el conde porque veía... veía á la señora marquesa su cuñada que tenía delante á un jóven de los grandes favoritos pintor de la nueva escuela.

IV.

¡PUES?

Pues señor, el conde compadecía al marqués y el marqués al conde; y los dos se reían y palmoteaban. Acababan de sonar las diez de la noche.

V.

LA MARQUESA Y EL OFICIAL.

—¡Leontina! murmuraba en medio de dos besos el oficialillo. ¡Leontina! llegó el momento de partir.

—¿Cómo ¡ya quieres dejarme, Adolfo?

—¡Puede venir él!

¡Cuanto amo ese él! ¡Pobre marido! Héte aquí hecho un pronombre sin perjuicio de lo que le ha hecho su cara mitad.

—¡Oh! tranquilízate, mi querido Adolfo. Nunca entra él en mis habitaciones sin hacerse anunciar antes.

Vese al autor en la imposibilidad de estenografiar el diálogo que siguió á estas palabras.

VI.

LO QUE DECÍA EL CONDE.

¡Allí ¡allí! murmuraba entre dientes el conde. ¡Se puede ser marido hasta ese punto! Tal vez el señor marqués nunca en este momento mientras que yo estoy viendo desde aquí á la señora marquesa... Su señoría nada vió; estaban corridas las cortinas.

¡Oh! ¡oh! voy á referir esta historietita á la condesa, que no debe haberse acostado todavía y... no la molestaré.

Y el conde después de haber dado un golpecito con la mano á su peluca fué á ver á la condesa.

VII.

LA CONDESA Y EL PINTOR.

—¡Oh! ¡no tienes corazón! decía la condesa al pintor de la nueva escuela.

—¿Que dices pues! Clotilde...

—¡Si me amases, Octavio!

—¡Si te amase! ¡si te amo...! ¡y puedes dudar de ello, ángel mio! ¡Oh! dime... dime... ¿qué puedo hacer para probártelo?... ¡Habla, manda, ordena! ¡me tienes á tus piés!.

(1) *Calambourg* significa orbes y también celosías, y el traductor le cambia al castellano á equívoco, cualquiera significacion que suadiera.

VIII.

LO QUE DECÍA EL MARQUÉS.

El marqués miraba... miraba... De repente ya no vió nada. Una ráfaga de viento al parecer apagó la luz.

Ah! eh! ih! oh! uh! exclamó alegremente el marqués.

Bah! y se va al teatro para ver comedias! Pues á fâ que no hubiera cambiado yo mi puesto por la mejor localidad.

Repitió el marqués las cinco vocales diciendo:

—Es preciso que vaya á hacer reír un poco á mi mujer; ¡es tan buena mi querida marquesa! ¡quién sabe? ¡Acaso me estará esperando!

Y después de haber hecho que Francisco su ayuda de cámara le arreglase el nudo de la corbata, salió.

¡Cuán impertinentes son los criados! Permittedse Francisco advertir que los ojos del marqués brillaban como los de un gato en la oscuridad y sonrió con malicia. ¡Insolente!

IX.

¡OH MARIOS! ¡OH MUJERES!

El señor conde pide permiso para presentarse á la señora condesa. —Al instante.

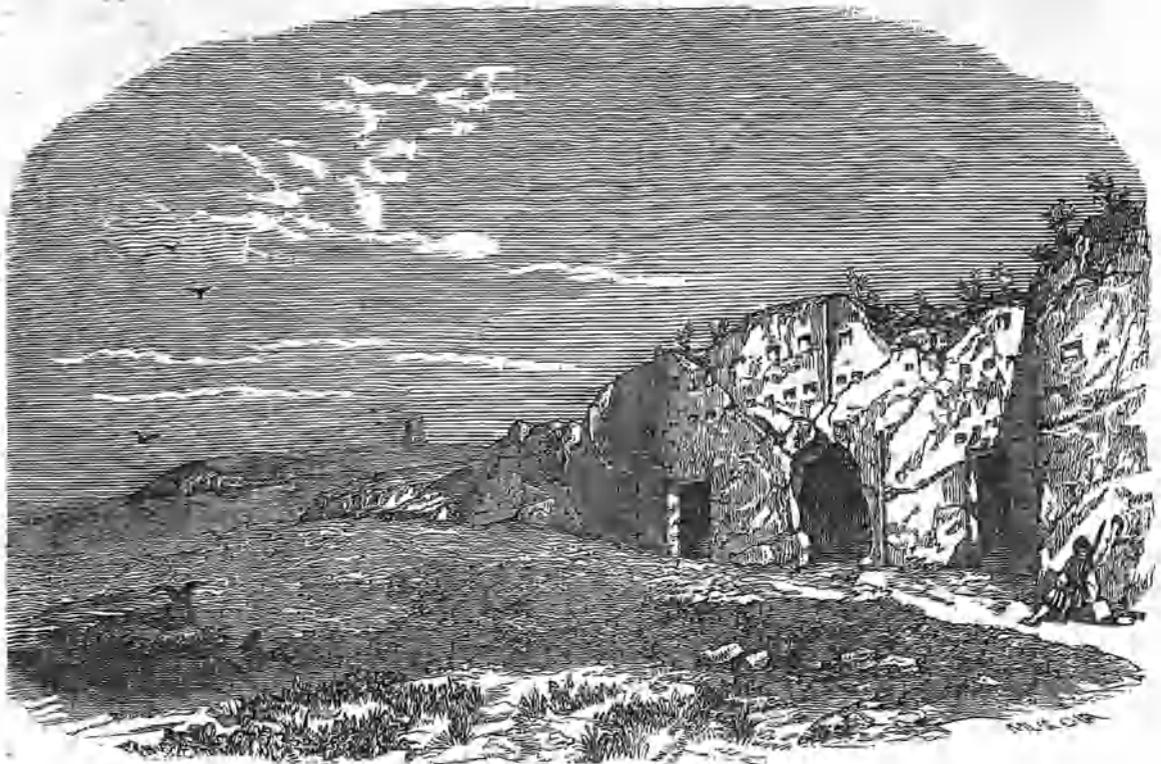
Sale la doncella. —N. B. Había sido elegida por la misma condesa; —era su hermana de leche.

—Adolfo, pronto!

—¿Pero por dónde?

—Por la puertecita de la alcoba.

Sale Adolfo. —Entra el conde. —Está de tan buen humor el pobre conde, que hace que se conviertan en risas las lágrimas de la condesa. Uno y otro lanzan epigramas sobre las mujeres desvergonzadas que se divierten en poner coronas sobre las frentes de sus maridos y sobre los maridos de frentes callosas que de nada se aperceben. —Y puedo decirlo en secreto queridos y púdicos lectores: la señora condesa



(La prision de Sócrates.)

no una infidelidad al amante—su favor del marido.—¡Circunstancia abultante!

X.

¡OH MUJERES! ¡OH MARIOS!

¡Señora marquesa! ¡señora marquesa!

—¿Qué ha y?

—¡El señor marqués!...

La marquesa se tiende sobre un sillón, tiene en una mano un abanico y en la otra un ramillete de flores. Apodérate el pintor de su palette y de pinceles.—El marqués entra riendo á cartajadas.—El artista con hombre prudente deja sus colores y sus pinceles, saluda respetuosamente y sale prometiendo volver al día siguiente. El marqués toma un candelabro y precede al pintor gritando á sus criados: ¡alumbra ese caballero! saluda y vuelve á encontrarse frente á frente con la marquesa.

Soy un ven muy discreto queridos lectores; y por lo tanto nada os diré de lo que pasó entre los dos esposos. Es sin embargo cierto que la condesa ¡pirá horror á la marquesa porque se ha atrevido á fallar!...

—Ah! es horroroso.

Habla la marquesa y asegura á su marido que verdaderamente no puede comprender cómo hay mujeres capaces de... Oh! no se atreve á concluir la frase.

XI.

¡Y DESPUÉS?

Es verdad por! cortenys el telon.

XII.

CONCLUSION.

Es probable que haya quien juzgue inmoral esta fantasía (asi al menos opina el traductor) pero á mi modo de ver tiene su moralidad y héla aqui.

Yo suplico al Todopoderoso en mis oraciones constantemente que me libre de estos males.

De las reumas y catarrros.

De los órganos de la barbarie.

De los tontos y necios.

Y de la tentacion de casarme. Hé aqui mi conclusion moral.

LA PRISION DE SÓCRATES EN ATENAS.

Sócrates el filósofo de la antigua Grecia, uno de los génius mas grandes que han honrado la humanidad por su ciencia, su virtud y por los sanos principios de su filosofía; Sócrates, que creía en la existencia de un solo Dios, principio de todas las cosas; este Dios eterno é infinito habia dado vida á otra porcion de divinidades de la mitología griega. Los grandes principios de una escuela que propendia á la unidad, á la correccion de las costumbres de un pueblo corrompido, en medio de su grandeza, por la doctrina sensualista del politeísmo, atrajeron al lado del ilustre filósofo algunos discípulos ávidos de ciencia entre los hombres pensadores del pueblo mas culto é ilustrado de la antigüedad.

Sócrates era no solamente completo, sino complejo, es decir, que las cualidades más contradictorias se encontraban en él. Satírico unas veces, y grave y razonador otras, claro en su lenguaje como el buen sentido, y poético como la imaginación. Estas brillantes cualidades fueron la causa de su ascenso sobre sus contemporáneos.

En embargo, la sociedad de su tiempo fué ingrata con él; tal ha sido siempre la suerte de todos los reformadores; ella acusó de Ateo al hombre verdadero creyente de su tiempo; de corruptor de las costumbres al que trataba de purificarlas; y lanzándole en las sombras mazmorras de Atenas, cuya lámina va al frente de estas líneas, le condenó á muerte haciéndole beber la cicuta. La defensa de Sócrates, conservada por Platon, revela toda la grandeza de su alma: hizo en ella la apología de su doctrina. Hé aquí algunos de sus párrafos:

«Comparezca ante este tribunal por la primera vez de mi vida, á la edad de setenta años; aquí el estilo, las formas, todo es nuevo para mí. Voy á hablar un lenguaje enteramente nuevo; la única gracia que os pido es, que atendáis más á mis razones que á mis palabras. Vuestro deber es administrar justicia, el mío decir la verdad.»

Después de rechazar la acusación de impiedad, continúa: «Se me acusa de corromper á la juventud, de inspirarla máximas peligrosas. Sabéis, atenenses, que yo no he hecho de la enseñanza un objeto de lucro: la envidia, por enoñada que esté contra mí, no pueda reprocharme el haber vendido mis lecciones: tengo de esto un testigo irrepachable, mi pobreza.»

Hace una sucinta exposición de su doctrina: «Si hablar de esta suerte es pervertir la juventud, atenenses! má confieso culpable y merecen ser castigado.»

El resto del discurso corresponde en la elevación de ideas á los párrafos que dejamos extractados.

UNA APUESTA.

(Continuación.)

Margarita, que apenas podía contener su emoción, y cuyo rostro palidecía cada vez más, recogió estas funebres prendas con un ahan que admiró al mismo Aguilár.

—No recogas, dijo con la trónica sonrisa del dolor, no recogería un amante con más emoción las reliquias de su amado.

Margarita no contestó.

En este momento entró un criado con una carta.

A Angélica, dijo Aguilár mientras Margarita la leía, la he hecho poner en libertad, pues su prisión no es ya inútil. Pero qué tiene Vd? añadió viendo el cambio de las facciones de su cómplice.

—Mira Vd. dijo esta presentándole la carta, Aguilár la cogió y leyó:

«Querida esposa, cuando leas esta carta habré dejado de existir porque uno de mis padrones se ha encargado de llevarte al suero. En este momento suprimo te perdono cuanto me has hecho padecer y te bendigo por los días felices que me diste en otro tiempo, que no se ha borrado nunca de mi memoria. Te amo y te he amado siempre con idolatría. Si te hubiera amado menos te hubiese perdonado antes; pero mi mismo amor me ha hecho duro contigo. Adios, y consagra alguna vez un pensamiento al hombre que la consagró toda tu vida y murió por ti suspirando tu nombre.—Leon.»

—Era él dijo Margarita con voz ronca y ojos chispeantes.

—Eres libre... exclamó Aguilár, que en esta carta habia vislumbrado el término de su pasión.

—No, mientras viva ese hombre, dijo Margarita, la venganza primero, el amor después.

—Morirá, murmuró Aguilár con voz sorda, y ambos cambiaron una mirada que debió regocijar al ángel de las tinieblas.

VIII.

LACRIMAS SOLITARIAS.

Mientras tanto una escena muy diferente tenia lugar en la humilde casita situada en las afueras de la puerta de Alcalá. El padre Clemente, envejecido en pocos días por el dolor, estaba sentado en su humilde sillón, y curando de sus ojos lágrimas semejantes á las que derramaron los de Jesús en el huerto de las Olivas. Aceptaba la copa de la amargura que Dios le enviaba; pero al tomarla de manos del ángel, su naturaleza desahallada y demandaba perdón á Dios por su debilidad.

Todos sus esfuerzos para encontrar á Angélica habian sido vanos. En ninguna parte le habían dado una noticia que pudiera servirle de guía para descubrir su paradero.

De pronto llaman á la puerta. El anciano abre, y Angélica se precipita en sus brazos.

Después de un momento consagrado á la emoción, el padre Clemente, teniendo abrazada á aquella hija querida que lloraba en su seno, levantó los ojos al cielo, y su mirada fué una oración de gratitud. Luego preguntó á Angélica los pormenores de su raptó, sondeando su alma con su penetrante mirada. La jóven no le ocultó nada, y el anciano lloró con ella.

Desde aquel día la paz volvió á reinar en su humilde morada; pero la alegría habia buido de allí para siempre. Angélica triste y soñadora pasaba los días en silencio, y el padre Clemente que la observaba, respetaba su dolor. Frecuentemente tenían ambos noticias de Enrique, cuyos días sucedían como las olas de un mar alborotado, y ambos le veían correr á su ruina sin poderlo detener. A cada noticia la jóven y el anciano cambiaban una mirada sublime, y el padre Clemente solía decir: «Dios no tocó el corazón del hijo prodigo sino en los días de la adversidad... Enrique se arruinará, y entonces Dios tocará su corazón.»

TERCERA PARTE.

DEDICADA

A DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

Esta es la tercera y última parte de mi *trilogía*, la composición en que más cuidado he puesto y que más cariño profesó entre todas las mías. Hubiera deseado hacerla más correcta, y atar algún cabo que otro que quedan sueltos en su trama, y que si bien no importan al plan filosófico, pueden importar al plan artístico; pero Vd. sabe el poco tiempo de que dispongo para escribir, y que por carácter me es imposible releer mis borradores ni corregir pruebas; el público recibe mis producciones tales como por primera vez se representan á mi imaginación, sin la lima del arte ni la corrección del estudio. A pesar de todo, algunas han hecho fortuna; pero esto consiste en que también *libri habent fata*, los libros tienen su estrella. Desearia que la estrella de este libro fuera buena, y por eso le he puesto bajo la protección de mis tres ángeles; el primer novelista español de los tiempos modernos, que no se desdennó de pasar una mirada por mis débiles ensayos, el crítico que saludó con su aplauso mis primeros versos, y el eminente poeta que me ha servido de padre, en el mundo literario, y á quien se alegre de rendir aquí un tributo de gratitud.

Su fiel amigo,

PABLO GARRA.

I.

LA VENGANZA.

La venganza de Margarita, desesperanzada de obtener su triunfo por medio de un duelo, abandonó la fuerza por la astucia, y se dispuso á arruinar á Enrique, pensando al mismo tiempo que este cambio de medios refinaba su obra, pues el modo menos cruel de vengarse é un hombre es herirle en el corazón con una bala ó la punta de un dardo. La venganza lenta, pero segura, que camina en la sombra invisible para la ley, que semejante al Ogro de Ariosto solo atiende á partir la piel, es decir, la aprensión, la furia, para contar sus corchos, la venganza misteriosa que se introduce en la vida animal y corroe lentamente la existencia, esta venganza que á nadie causa horror, sin embargo de ser la más horrible, y que no deja una gota de remordimiento en el vaso del que la emplea, es la venganza peculiar de los pueblos civilizados. Margarita desprendería la piedra del monte para que cayendo en la base de barro del gigante dorado le derribase, y sabia muy bien que el golpe de la caída le rompería en pedruzcos; pero su conciencia quedaría tranquila. Había mas aun: no era ella, sino su escavo Aguilár, quien impulsaría la piedra. Margarita le ofreció consorcio su mano el día en que Enrique estuviera arruinado, y seis meses después, á fines del verano de 184... se celebró su matrimonio. En que estaba pues arruinado. ¿Cómo habia logrado Aguilár su designio tan breve espacio de tiempo? De un modo muy natural, valiéndose de las circunstancias, que son los padrones del talento y los pretios de que se valen los necios para negarle la debida adoración.

El mayordomo de Enrique, anciano sexagenario que le habla visto nacer y le amaba como á un hijo, murió de una apoplejía, y dejó vacante su plaza: muchos pretendientes se presentaron solicitarla; pero don Juan consiguió que se diera á un asturiano, amigo Velasco, anciano también y honrado por principios; mas devoto por el cáncer de su adición á las mujeres, adición que como en los viejos hacía en él horribles estragos.

La última querida de Velasco era una bailarina de teatro, que ejercía además de este varios oficios, siendo el deularia el más hon-

roso de todos ellos. Se llamaba Amalia, y habéis podido ver su retrato en la calle de la Montería, en los daguerreotipos puestos como muestras por los retratistas.

Amalia supo embriagar de tal manera á Velasco con su amor, que hacia de él cuanto quería, y aconsejada por don Juan, por quien había tenido un capricho, era un verdadero vampiro de su bolsillo. Pronto dieron fin las economías del pobre mayordomo, y se vió en la dura alternativa de tener que renunciar á su honradez ó á su amor. La lucha fué dolorosa y prolongada, pero venció la honradez, y el sexagenario amante se arrojó á los pies de su amada confesándole su situación con lágrimas en los ojos, pidiéndola de limosna un poco de amor, una de las inolvidables caricias cuyo recuerdo no acertaba á borrar de su imaginación. El pobre viejo, estúpido de cariño, quería ser amado por sí mismo de una mujer perdida! Sucedió lo que se debía esperar. Amalia le miró un momento en silencio sonriendo irónicamente, y viendo la figura de su Amado sexagenario, amarillento, arrugado y lacrimoso, como la de una momia que se anima por alfilero para pedir una misa, soltó una carcajada que fué á clavarse como una flecha en el corazón de Velasco.

—¿Con qué estás arruinado, le dijo, y es preciso terminar la vieja novela de nuestro amor? Pobre galleguito mío, lo siento mucho, porque habia llegado á quererte.

—Pero aun si tú quieres...

—Amor mío, estás loco: aunque yo quien no puedo hacer nada por tí. Tú entonces la mezquinidad de mi sueldo, para vivir necesito un amante que provea á mis necesidades. No puedes ser tú porque estás arruinado; y bien, será otro á quien buscaré como un cesante una nueva colocación.

—Mas yo cerraré los ojos... yo te permitiré otro amante, exclamó Velasco haciendo un sublime esfuerzo de abnegación egoísta, que algunas veces es egoísta la abnegación.

Amalia frunció el entrecejo, y le miró como debía de mirar Medusa, porque Velasco quedó petrificado.

—¿Por quién me toma Vd.? le dijo. ¿Oree Vd. que soy alguna mujer perdida? Cuando yo tengo un amante, le guardo fé, y lo primero que le entrego es mi corazón. Salga Vd. y no vuelva á acordarse de mí.

Y levantándose con ademán imponente, salió de la habitación, dejando á Velasco arrodillado y con los brazos estendidos sin poder articular palabra.

El sexagenario mayordomo quiso seguirla al cabo de un instante; pero una compañera de Amalia que vivía en su mismo cuarto le detuvo diciéndole:

—No entre Vd., no entre Vd. si no quiere acabar de matarla.

—Pero... murmuró Velasco.

—La pobrecilla está en su lecho medio muerta... por Vd. monstruo... por Vd. á quien amaba con pasión, y que la aseana. Vaya Vd. á buscar un médico á lo ménos.

Esta escena bastó para decidir á Velasco, y el ángel del mal venció al ángel del bien en su corazón.

Entonces empezó á tomar de la caja de su amo, que no paraba nunca de atención en sus cuentas, y desesaba en él de los cuidados domésticos; pero Adelaida era insaciable. Pronto no bastaron las rentas, y hubo que acudir al préstamo; después á vender las propiedades; y á todo esto Enrique ignoraba su estado, y sólo supo su ruina cuando supo que su mayordomo se había fugado á Francia con el precio de las dos últimas fincas que había vendido, que ascendería á millon y medio, y con su idolatrada Amalia, á quien amaba cada vez mas.

Una mujer perdida es un ser despreciable y despreciado; no se cree en su amor, y se sabe que todos sus sentimientos son de comedia; y á pesar de esto se la ama; á pesar de esto el hombre bastante juicioso para resistir á las seducciones de una mujer virtuosa verdaderamente enamorada, cogido en las redes de la mujer de mundo, le sacrifica su salud, su vida, su reputación. ¿En qué consiste este fenómeno que todos mis lectores habrán observado? En que el amor es un arte que deba estudiar quien le quiera ejercer, y no hay en España una escuela como en la antigua Grecia para enseñar este arte á las mujeres honradas; las mujeres de mundo son las únicas que le estudian y le aprenden.

Enrique se acostó rico y amaneció pobre, más pobre que los que nada tienen, porque tenía muchas deudas: Los acreedores se encargaron de decirle lo que era la miseria. Se le presentaron de todas clases, puflicos, pero exigentes como los artículos de un código de comercio, ó graznos é insolentes, dejando un rastro en la albuñica con sus palabras amuladas, llamándole ladrón á boca llena y diciéndole que la fuga del mayordomo era solamente un convenio para robarles. Enrique procuró excusarse con los primeros y amenazó á los segundos; pero uno de estos le dijo: —A mí no me vengas Vd. con raudas, sé de caballero de industria, ya sé que es Vd. maestro de armas, y que preferiría darme una estonada á pagar mi cuenta; pero yo no me conformo con eso, y no me hilo con mis acredores.

Efectivamente Enrique no podía batirse hasta pagar, y no tenía dinero! Se veía pues obligado á soportar con paciencia cuantas injurias le arrojaban á la cara sin defenderse, como el soldado condenado á baquetas sufre los golpes sin oponer resistencia.

Un hombre de otro carácter se hubiera lanzado entonces en el flotante mar de la deuda sistemática, que no solo sobrevive, sino que encuentra en nuestra sociedad á muchos hijos de fortuna. La deuda como principio es un elemento de prosperidad. De cada acreedor puede hacerse un esclavo, un forzado alado á su banco por el interés, que rema sin descanso para conducir al acreedor adonde quiere ir, con la esperanza de obtener así una paga inverosímil. ¿Cuántos matrimonios ventajosos, cuántos empleos importantes no han proporcionado los acreedores? Mas para llegar á esto término es necesario entender la deuda, haber nacido deudor como se nace poeta ó diplomático, y Enrique no había nacido deudor: así es que determinó concluir de una vez con sus pesares levantándose la tapa de los sesos.

Pero su alma viejada por el desaso de la última celebridad de salon, deseó que su suicidio tuviera, como hasta entonces habían tenido todos sus actos, cierto carácter de originalidad que diese que hablar por espacio de una semana, y se hizo imprimir (en papel criado de negro esquelos que decían:

+

«D. Enrique Valdeslegre, después de haber muerto civilmente perdiendo su fortuna, fallecerá el día 5 de octubre á las 8 de la mañana».

«El mismo señor D. Enrique Valdeslegre su único amigo y el mayor de sus enemigos, suplica á sus acreedores se sirvan asistir á su funeral que ha de celebrarse en la parroquia de San Sebastián».

«El duelo se despida en la casa mortuoria».

Recibidas estas esquelas el día 4, y habiendo pagado el impresor el trabajo y el secreto, las puso sobras, cargó sus pistolas, y llamó á su ayuda de cámara para que las llevase á donde decían las señas que habia puesto en el sobre de cada una. Pero cuando esperaba ver entrar al ayuda de cámara, la puerta del despacho se abrió y dio paso á una mujer vestida de negro y cubierta con un velo.

Apenas hubo entrado, alzó el velo, y Enrique al ver su rostro hermoso pero triste no pudo contener un grito de asombro.

—Angelica! dijo, y el trazo de esquelas fúnebres se le cayó de las manos.

—Yo soy, dijo Angelica con voz calmada, yo que vengo á buscar á Vd. cuando todos le dejan. Ha abandonado á los deudas las horas felices; yo sólo estoy al lado de Vd. en la hora de la desgracia.

—¿Qué manda el señor? preguntó el ayuda de cámara apareciendo en la puerta.

—Luego llamaré, dijo Enrique.

El ayuda de cámara desapareció cerrando la puerta.

II.

EL ANGEL DEL BIEN.

—Estrañaré á Vd. mi visita, dijo Angelica, sentándose en una butaca á una señal de Enrique, que se sentó á su lado en una silla, estrañaré á Vd. mi visita, y sin embargo es muy natural, porque vengo á traerle una esperanza.

—A mí murmuró Enrique sonriendo dolorosamente, tengo todas las que necesito; y echó una mirada á sus pistolas que estaban en la caja abierta sobre la mesa.

—A Vd., dijo Angelica sin alterarse. Al decir que tiene todas las que necesite, añade Vd. sin duda á sus proyectos de suicidio.

Enrique la miró asombrado.

—Estrañaré á Vd. que sea yo esta? prosiguió diciendo Angelica; y bien, la casualidad, ó por mejor decir la Providencia, me lo ha descubierta, y por eso he venido hoy antes de los ojos de la mañana.

—Pero cómo ha salido Vd., —

—El texto de las esquelas que he mandado Vd. imprimir, há dado mucho que hablar en la litografía que las ha impreso, y en la cual se ha creído que se trataba de una broma. Un muchacho, de quien nadie desconfia por su corta edad, pero que como todos los muchachos observa con mas perspicacia que los hombres, oyó la conversación de Vd. con el impresor, y fué quien puso al corriente de esta á toda la familia. Yo caí en una enfermedad que padecí y que la ha pasado en el lecho á la pobre hermana de un litógrafo de esa casa, y á él es á quien se lo he oído contar. Pero dejemos esto, y viremos á lo que importa. Mi protector, el padre Clemente, conoce á Velasco y Amalia, los dos cómplices del robo que ha arruinado á Vd.; y á pesar de sus achaques ha salido detrás de ellos confiado en haberles devolver lo robado.

—Aunque quieran no podrán; ya lo habrán comido cuando los encuentre.

—Habrán apenas llegado á Paris, y Amalia es rica á espensas de Vd. de modo que cubrirá lo que falte.

—¿Espera Vd. que el padre Clemente consiga?..

—Nunca le he visto proponerse una cosa fuera de la justicia, ni dejar de conseguir lo que se ha propuesto.

—Pero aunque lo consiga, será tarde.

—¿Por qué?

—Yo no puedo resignarme á sufrir injurias con paciencia, á bajar los ojos delante de nadie, y mis acreedores me los hacen bajar injuriándome á cada momento.

—Y bien, todo puede remediarse.

—¿Cómo?

—Pagando á los acreedores.

—No tengo dinero.

—¿A cuánta ascienden las deudas?

—No sé... á unos cincuenta mil reales.

—Y bien; tiene Vd. el mueblaje de la casa.

—Unos mil duros.

(Continuará.)
PABLO GAMBARA.

LA CAUTIVA.

Leyenda granadina del siglo XIV.

I.

Granada ilustre, que la frente hermosa al suelo inclinas abatida y triste, cual si lloraras mostia y pesarosa, las galas orientales, que perdiste,

Deja que ante los restos de tu gloria, risueña halague el pensamiento mío, de sus felices tiempos la memoria, la imágen de tu antiguo poderío.

Deja que evoque sombras que pasaron, y que pronuncie nombres que algun dia en su suelo florido resonaron, y el eco en sus riberas repetía.

Adormidos en mágicas estancias, misteriosa mansion de los amores, envueltos en sus visimas fragancias mezcladas al aroma de tus flores,

Y al blando son del aura, que murmura vagando en tu recinto soberano, horas gozaron de sin par ventura el árabe gentil y el africano.

Si anunciaba el clarín el duro instante de desnudar la bárbara cuchilla, de noble esfuerzo y corazon constante daban sangrientas pruebas á Castilla;

Y deponiendo luego victoriosa la ruda lanza y el furor con ella, reclinaban la frente sudorosa sobre el amante seno de una bella.

Pasó su dicha, como en sueño breve que acaricia, al cruzar, la fantasia; trocó en pesares la fortuna á leve su gloria, su contento, su alegría.

Y en lugar de su cielo trasparente y de sus auras puras y serenas, el huracán les dió y el sol ardiente que refleja en las líbicas arenas.

Ya solo quedan de su escelsa gloria nombres ilustres en dorados techos, y las páginas bellas de tu historia, que estan henchidas de sus altos hechos.

Bajo el dosel de la nevada sierra, reina gentil Granada parecía, ostentando á la faz de la ancha tierra de su manto imperial la gallardía.

Brillaba entonces el morisco trono en esa Alhambra solitaria y muda, hoy claro ejemplo del feroz encono del tiempo airado y de la suerte cruda.

Y en un vistoso, espléndido aposento de oro y azul labrado, cierto dia, al bravo Osman, desde su blando asiento el rey Abdul-Wali así decia:

«Esa enemiga gente altiva y fiera con sus empresas y su audacia loca, molestando insolente la frontera mi justa saña sin cesar provoca.

«Una tregua, ha tres años, ajustada fué con el rey Alfonso, pero en vano: siempre fijas estan sobre Granada las ávidas miradas del cristiano.

«Probemos á Castilla, que orgullosa con su fuerza y poder, la paz rechaza, que aun subsiste lozana y vigorosa de Tarif y Almanzor la noble raza.

«Hasta el confín lejano de mi tierra, de mi reino á los últimos linderos, lleva el ronco clarín el son de guerra y apréntense á lidiar mis caballeros.

«Y el viento desplegado mis pendones, reconozca á su pesar aquel monarca que no teme Walid los escuadrones, que Castilla en sus ámbitos abarca.»

No dijo mas: Osman, que silencioso sus palabras oyó, llevó la mano al pecho, se inclinó respetuoso, y el alcázar dejó del soberano.

Quien, según las antiguas tradiciones era severo, de marcial talante, enemigo de largas discusiones y en el hablar conciso y arrogante (1).

Convoacan á los hijos del Profeta rojas hogueras en los altos montes; y la sonora voz de la trompeta, que retumba en lejanos horizontes.

El santo celo y el ardor escita clara anunciando á la morisca grey, que su valor y esfuerzo necesita el vacilante trono de su rey.

Bandas de sarracenos numerosas aparecen en valles y senderos, aguijando el caballo presurosos, y airadas empuñando los aceros.

Y con rudo ademán y con voz fiera amenazando muerte y esterminio y cautiverio y llanto, donde quiera que estierdan los cristianos su dominio.

Veloz la nueva del guerrero apresto cruzó tambien los alterados mares, y errantes tribus de atezado gesto dejaron sus tostados adbares.

Y armadas acudieron á Granada, ansiosas de mostrar su trazo fuerte en la defensa de la fé sagrada, ó de hallar en la lid gloriosa muerte.

Para gozar de la mansion divina, que prometió el Korán al valeroso, donde murmura el agua cristalina en un fresco vergel, siempre frondoso.

Y donde tienen su eterno asiento, en palacios de plata, las doncellas de negros ojos y de dulce aliento, siempre amorosas, cándidas y bellas.

Que ceñirán su frente de guirnalda de blancas azucenas y alielles, con hojas de lucientes esmeraldas y prendidas con perlas y rubies.

(Continuará.)

EMILIO LAFUENTE ALCÁNTARA.

(1) Cuéntase de este rey, que oyendo en cierta ocasion á unos doctores que disputaban sobre los fundamentos de la ley, se levantó, y empuñando en alto, dijo: no entiendo mas reglas ni principios que la voluntad de Dios; mis argumentos estan aquí.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

La muerte arrebató igualmente á todo el mundo.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. S. B. S. S.